

¡Al pueblo con ellos!

DAVID VELA MONGE



Hubo un tiempo en que terminado el ciclo escolar, el único dilema que se encontraban nuestros padres, era si llevarnos ellos mismos al pueblo o mandarnos en la Floravilla.

Los campamentos de verano eran para niños "yiyis", urbanitas que no habían visto un ovejo en su vida, que los daban dos vueltas a lomos de un mulo tordo y se creían John Wayne; los cansaban a base de subir cerros para que llegasen muertos y no dieran guerra y volvían a casa encantados de la experiencia rural. Ignorantes de la vida.

Aquellos niños con el trauma de no tener pueblo son ahora los modernos amantes de la naturaleza y los bichos, el perroflauterío que se instala en un ambiente campestre a dar por saco a los lugareños. Aquellos que antes nos llamaban paletos ahora desean serlo.

Los abuelos estaban encantados de hacerse cargo de los nietos, nosotros conscientes de que las reglas eran cosa nuestra acudíamos raudos, libres a la llamada rural.

Era llegar al pueblo y la mandíbula se nos iba hacia delante, el tono de voz lo subíamos unos cuantos decibelios y el asilvestramiento se apoderaba de nosotros como un veneno, una droga benigna que nos hacía espabilar. Pisabas el término y te cambiaba la sangre.

Éramos de darle palos a los avisperos, de cortarle el rabo a las lagartijas, de quemar hormigas o cualquier insecto que se pusiera delante de la incendiaria lupa.

A nosotros no había perro fiero que se nos resistiese, a las dos horas de acoso y derribo dabas un silbido y venía como un rayo, te daba la pata y se sentaba dócil a tu lado.

Éramos de salir a cazar gorriones o dejar tieso un palomar con las escopetillas y de tapar gateras a ver la cara que se le quedaba al Silvestre de turno al verse acorralado.

Éramos de merendar con producto fresco de huerto ajeno, de buscar el vino en las viejas tinajas y el final a las bodegas medio hundidas cual inconscientes espeleólogos.

Éramos de abrir algún tinao para hacer un San Fermín bobino y pasarlas jodidas para juntar al pequeño rebaño, corriendo detrás de ellas por el campo, haciendo cuentas mentales de lo que costaba cada oveja y de los pescozones que íbamos a recibir.

Éramos de reventar las ruedas de las ridículas bicicletas con la cestita de las chicas a base de frenazos y derrapes, de juntar cuatro petardos para explotar buzones, desarmar los cohetes que habían sobrado de la fiesta y tirar correcales en mitad de la peña.

“

Era llegar al pueblo y la mandíbula se nos iba hacia delante, el tono de voz subía unos cuantos decibelios... Pisabas el término y te cambiaba la sangre...

”

Las picias tenían un precio y dejaban heridas de guerra. Brazos rotos, bocados de perro, arañazos de gatos, quemazos de pólvora, antitetánicas, denuncias varias, visitas obligadas al ayuntamiento a dar explicaciones al señor alcalde y pedir perdón.

Éramos libres, con la maldad de un niño, aprendíamos en la calle, fuera de la urna en la que tenemos a los críos, cometimos errores, muchos, aprendimos de ellos. Espabilamos.

Se nos plantea el dilema si dejar a nuestros hijos en su hábitat natural, frente al televisor, ordenador, tableta, móvil, cualquier cacharro que les permita jugar y relacionarse con el mínimo esfuerzo o mandarlos al pueblo a que espabilen, a que terminen el verano con señales visibles y audibles de su paso por el mundo rural.

Aunque miedo me dan estos pánfilos de jóvenes de hoy, son capaces de prendernos fuego al pueblo y ese sería un error muy grave.